

INMIGRACIÓN Y BUENISMO

El poeta Machado dice que era “*en el buen sentido de la palabra, bueno*”. ¿Y cuál es el mal sentido? Todos lo sabemos. Viviendo entre buitres y demás aves carroñeras, la cándida paloma cree estar en el mejor de los mundos posibles. Se equivoca, como yerran también todos los ingenuos “*buenistas*”. Hace falta, sin duda, buena voluntad para resolver los problemas sociales, pero no basta sólo con esa buena voluntad. Hacen falta planes realistas. La buena voluntad es una condición necesaria – como el valor, se supone –, pero ella, la buena voluntad, no es suficiente. No basta con desear algo para que este algo se convierta sin más en una realidad. Ahora ya no tenemos moros a la costa sino pateras desembarcando en nuestras playas. La presión migratoria aumenta, alcanza unos límites insospechados cuando todavía se hablaba de “los países en vía de desarrollo”. Antaño los esclavos negros eran arrancados por la fuerza de sus tierras; hogaño llegan libremente, si puede decirse así, a las nuestras buscando una vida mejor. La televisión, como un escaparate de objetos lujosos, muestra el “bienestar occidental”. Y, sin embargo, quienes huyen de la pobreza no son los más pobres entre los pobres. Son los jóvenes, los niños apenas destetados, las mujeres núbiles embarazadas. Son los que reúnen el dinero y la fuerza para poder emigrar, para realizar larguísimas marchas y peligrosas travesías. Son el futuro de sus países anhelando un nuevo futuro personal. ¿Podemos acaso reprocharlo? ¿Quién no haría lo mismo en las mismas condiciones?

El “buenismo” está lleno de loables intenciones, pero también de simpleza y unas cuantas gotas de hipocresía social. La cuestión de la inmigración no es tan sencilla. No hay batutas mágicas ni bálsamo de Fierabrás. Censuramos levantar un muro de tres mil kilómetros allá lejano, pero callamos sobre una valla de trescientos

metros alzada aquí cerca. Vemos la paja en el ojo ajeno. ¿Qué distingue a la frontera de Méjico con la otra frontera de la ciudad de Melilla? Solamente la longitud de la alambrada. El principio es siempre el mismo: evitar la inmigración ilegal, tapan el coladero de los “sin papeles”.

Hace falta buena voluntad; hacen falta planes realistas. Comencemos señalando los problemas planteados para luego aventurar algunas de las posibles soluciones.

Está socialmente aceptado - “políticamente correcto”, para usar la muletilla común – que debemos ayudar a los inmigrantes, acogerlos en el seno de nuestra sociedad. Y bien: ¿quién los acoge? ¿Tú? ¿Yo? Tal vez algunas familias generosas, disponiendo de alguna habitación libre en su casa, puedan alojar a una mujer africana con sus dos negritos. Queda bien. Unos días, unas semanas, unos meses... ¿Años? ¡Ah, no pueden ser siempre los ciudadanos quienes acojan a los inmigrantes! ¡Que sea el Estado! Y el Estado, todos y nadie, debe resolver la situación complicada sin saber muy bien qué hacer. ¿Quedarán confinados en unos centros de internamiento “temporales”, ya saturados y, además, privados de la libertad como si fuese delinquir entrar de un modo irregular en un país? ¿No es acaso esta retención y la pérdida de la libertad de movimiento contrarias a los derechos del hombre? ¿Se levantarán campamentos “temporales” en los campos, en las afueras de la ciudad, en los solares para edificar, en las grandes avenidas ajardinadas, en los parques públicos? ¿Y los servicios necesarios como luz, calefacción, agua, letrinas? Pero, además, hay que tener presente una cosa inquietante: el aumento de la extrema derecha. La burguesía conservadora, temiendo la disolución de la “esencia nacional”, rechazará a la población inmigrante; otros, verán en ella una oportunidad para tener una mano de obra barata con trabajo en negro. Pero la mayor oposición se dará en las clases más bajas, incluso con inmigrantes regularizados, pues éstos son sus competidores naturales y, como “nacionales”, creen poseer más derechos. ¿Cómo aceptarán la atención social al inmigrante los parados de larga duración, los desahuciados, los que tienen a sus hijos en comedores escolares “con beca” porque no los pueden alimentar? Los franceses xenófobos dicen “el Corrèze primero que el Zambeze”. Aquí se podría traducir como “Tarragona antes que

Sierra Leona”.

No podemos cerrar las puertas a cal y canto ni tampoco abrirlas de par en par. Hasta los grandes estadios deportivos tienen billetes de entrada y un aforo limitado. Y aquí nos encontramos con la noción de cupo o umbral. Este es variable según la tolerancia de los individuos y de las sociedades. Unas son más abiertas, otras más cerradas. Pero este umbral, mayor o menor, existe. ¿Quién vería con agrado que el canto del almuecín desde los minaretes sobrepase en decibelios al tañer de las campanas? Ni siquiera aquellos ateos que hace ya mucho tiempo han dejado de creer y de asistir a la misa dominical. La xenofobia está inserta en la naturaleza del hombre y halla su concreción en el lenguaje con el archiconocido refrán: “de fuera vendrán, que de casa te echarán.” Veamos, pues, soluciones posibles:

Una cosa es evidente: mientras el desnivel entre los países “ricos” y los países “pobres” sea “inmoral” (o sea, que no puedan cubrir las mínimas necesidades vitales) existirá siempre una fuerte presión inmigratoria, una presión que no es resultado de la demografía sino de la miseria. Evidentemente es una obligación humanitaria salvar a los naufragos de morir ahogados en el mar. No seamos injustos hablando de maquillajes, cosmética moral para lavar las conciencias, gestos para la galería, operaciones estéticas, etc.; pero esto, díganoslo claro, es sólo curar un rasguño, una herida superficial en la epidermis para la que basta con agua, gasas y alcohol. Es preciso el bisturí. Debemos cegar la fuente de la que emana la sangre a borbotones. Solamente hay soluciones justas y estables en un plazo largo. Atacar el problema en su origen. Todo lo demás son paños calientes, zurcidos y remiendos que se desgarrarán a la menor contorsión. Y, para ello, los países desarrollados deben aumentar, y aumentar considerablemente, la ayuda material y técnica a los países desfavorecidos buscando el objetivo de que estas naciones puedan un día valerse por sí mismas sin caer en el pozo de la dependencia económica. Ésta es, claro, una perogrullada, pero ¿quién le pone el cascabel al gato?

Hay mucho que hacer en el campo de la cooperación y el desarrollo. Ciertamente, a nadie se le puede obligar a trabajar un corto tiempo de su vida en un país del tercer mundo, pero seguramente serían también bastantes los jóvenes recién

licenciados que, si se les diese los medios necesarios, ante la disyuntiva de estar en el paro varios años y perder el paso en su profesión, desearían tal vez poder ejercerla y adquirir una experiencia valiosa en el retorno a nuestro país. La empresa privada requiere trabajadores que no estén oxidados ni hayan “perdido la cualificación” por la falta de uso de su saber universitario malgastado en tareas, con todo el respeto, inferiores.

Nosotros, los españoles, estamos mejor situados que otros países para contribuir al desarrollo de los pueblos desfavorecidos reduciendo así de ese modo los flujos migratorios. En primer lugar, nuestra historia secular nos ha conducido a Hispanoamérica y bien puede hacerlo de nuevo en nuestra historia presente. Tenemos, en cierto modo, una deuda o, más bien, una responsabilidad moral. Hablar una misma lengua es un tesoro que no se debe malbaratar. Pero hay también otro aspecto apenas tratado: en la mitad del siglo XIX la industrialización centrifugó a la población a la periferia y a la capital como centro administrativo. El interior del país está casi abandonado con muchas provincias de muy baja densidad de habitantes. ¿Y no podrían quizás los inmigrantes revitalizar los numerosos pueblos y aldeas muertos de nuestra península? La objeción se presenta de inmediato: el éxodo posterior a las ciudades como sucedió también con nuestros campesinos. Ahora bien, ¿no se pueden crear oportunidades y dar incentivos para esta nueva repoblación? Los inmigrantes tienen también una sola boca para comer, pero tienen también dos manos para trabajar. ¿No habrá un saldo positivo entre el haber y el deber, el empujón demográfico preciso para sostener mañana un sistema de pensiones en un país con la pirámide invertida? Tal vez, la caridad bien entendida, comience con nosotros mismos.

16 de junio de 2018
Pablo Galindo Arlés